



GRAN MAGISTERIO – VATICANO
ORDEN ECUESTRE DEL SANTO SEPULCRO
DE JERUSALÉN

Al servicio de las piedras vivas en Tierra Santa

Un aniversario que no hay que olvidar: Nulla celebrior



Fue con la Carta Apostólica Nulla Celebrior que Pío IX restauró el Patriarcado latino de Jerusalén y Tierra Santa hace 175 años este año.

«Para los cristianos, no hay ciudad más famosa, ni región más conocida que la ciudad de Jerusalén y Palestina». Con estas palabras comenzaba el beato papa Pío IX, «a perpetua memoria», su Carta apostólica Nulla Celebrior, en la que el 23 de julio de 1847, tras una larga y cuidadosa reflexión, decidía restaurar («restituimus») el Patriarcado y la jurisdicción del Patriarca latino de Jerusalén y Tierra Santa.

El Papa, tras recordar el carácter sagrado de los lugares de la vida y muerte del Señor y su veneración por parte de los cristianos, precisa que ya el Concilio de Nicea (en el año 325 d.C.), en el canon 7, había decretado que en todas partes se tuviera en gran honor al obispo de Jerusalén y a su Iglesia [Jerusalén sería erigida como sede del Patriarcado más tarde, durante el Concilio de Calcedonia (en el año 451 d.C.)]. Añade que después de largos y graves acontecimientos históricos, cuando los príncipes europeos [en el siglo XI] liberaron Jerusalén y establecieron allí un Reino, la Sede Apostólica comenzó a nombrar Patriarcas latinos [para diferenciarlos de los Patriarcas griegos a causa del cisma de 1054; hasta entonces, el Patriarca griego estaba en comunión con Roma]. La institución del Patriarcado latino fue confirmada posteriormente por el Concilio de Letrán IV en tiempos de Inocencio III (en 1215). Otros acontecimientos históricos -escribe el Papa- impidieron pronto a los Patriarcas latinos ejercer su ministerio pastoral en Tierra Santa, por lo que los Romanos Pontífices, sin interrumpir su nombramiento, les dispensaron de residir allí. Ahora bien, el Sumo Pontífice, considerando las necesidades de la religión y las necesidades pastorales, habiendo tenido el deseo, desde el momento de su acceso a la Cátedra de Pedro, de restaurar la antigua Sede de Jerusalén, confortado por los Padres cardenales y confiado en la gracia divina, en el segundo año de su pontificado con la autoridad que le es propia, pretendía reconstituir el Patriarcado de Tierra Santa con la obligación de residencia del propio Patriarca, al que encomendaba el cuidado pastoral de los fieles y peregrinos, hasta entonces confiado a los franciscanos, así como todo lo que decidiera la

Congregación de Propaganda Fide [de la que dependía el territorio en ese momento; Poco después, ese mismo año, el Papa nombró a Giuseppe Valerga como nuevo patriarca latino de Jerusalén].

A la carta papal le siguió la Instrucción (10 de diciembre de 1847) de la misma Congregación, que en su artículo 8 hablaba de los «Caballeros del Santo Sepulcro» y estipulaba que estaban bajo la autoridad del Patriarca latino, tanto para la concesión de honores como para la recaudación de ayudas económicas, que debían ingresar en el fondo de limosnas destinado al mantenimiento de Tierra Santa.

* * *

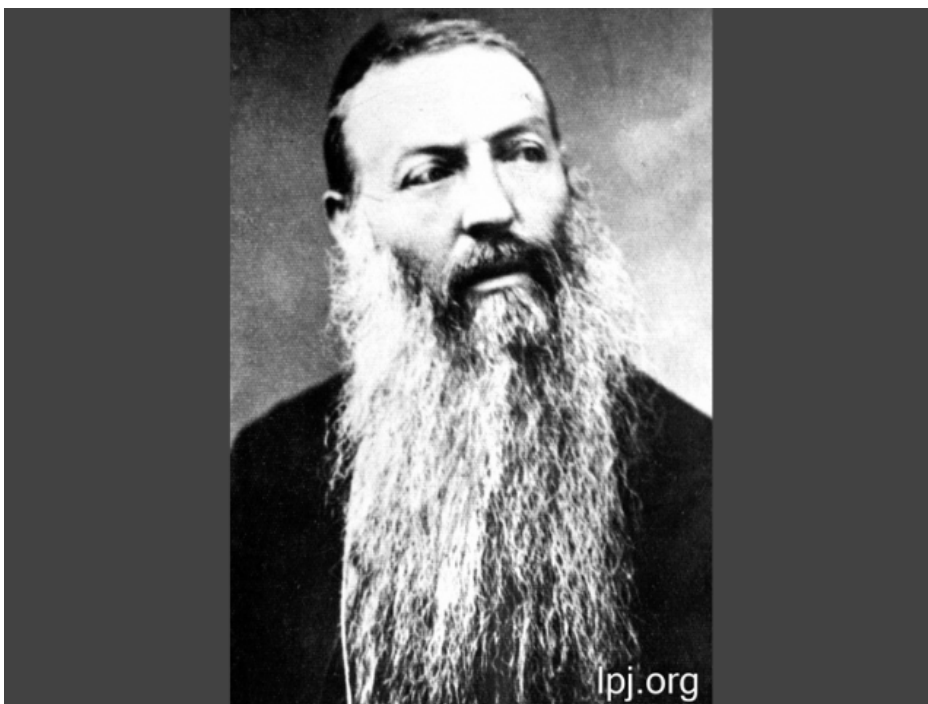
Me complace recordar esta página histórica sobre los dos documentos en el 175º aniversario de su publicación; nos recuerdan igualmente un momento muy importante en la vida de nuestra Orden. La razón y la memoria histórica nos permiten no solo reflexionar sobre el pasado, sino también revivir el amor que la Orden del Santo Sepulcro tiene por la Iglesia Madre de Jerusalén, así como su solicitud y vínculo moral que se remonta a los tiempos apostólicos, cuando el apóstol Pablo, en una época de grandes calamidades, persecuciones y hambrunas, pidió a las comunidades de Antioquía, Grecia, Galacia y Macedonia que se acordaran de los «santos» (es decir, de los cristianos) de Jerusalén y organizaran colectas, que el propio apóstol calificó más tarde de extremadamente generosas. La Orden todavía pretende cumplir este compromiso hoy apelando a la munificencia de los Caballeros y Damas de todo el mundo que, durante su peregrinación a Tierra Santa, podrán visitar algunas de las organizaciones benéficas que apoyan.

La caridad no se extingue, es un fuego eterno que tiene su origen en el corazón de Cristo resucitado.

Fernando Cardenal Filoni

(Julio de 2022)

Monseñor Valerga, el patriarca que fundó de nuevo



Giuseppe Valerga, nacido en Liguria el 9 de abril de 1813, fue el primer Patriarca latino de Jerusalén tras el restablecimiento del Patriarcado por Pío IX en 1847. Doctor en teología y profesor en el colegio de la Congregación para la Propagación de la Fe (Propaganda Fide, actual Dicasterio para la evangelización de los pueblos), se convirtió en secretario del Delegado Apostólico para Siria, Alepo y Mesopotamia. Después de ser vicario general para Mesopotamia, fue consagrado Patriarca latino de Jerusalén el 10 de octubre de 1847 por el propio Pío IX. Mons. Valerga tenía entonces solo treinta y cuatro años. Desde su consagración hasta su muerte, fue también el Gran Maestro de la Orden del Santo Sepulcro. Tomó la iniciativa de construir la concatedral latina, sede del Patriarcado latino, así como el seminario de Beit Jala, para la formación de futuros sacerdotes de Tierra Santa. Participó activamente en el Concilio Vaticano I con espíritu misionero. Murió de tifus en 1872 y está enterrado bajo el altar de san José en la concatedral, donde los peregrinos acuden a rezar por su fama de santidad.